



## CANTO XXV

Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarnos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase también el valor que los españoles mostraron aquel día.

Cosa es digna de ser considerada,  
Y no pasar por ella fácilmente,  
Que gente tan ignota y desviada  
De la frecuencia y trato de otra gente,  
De inavergables golfos rodeada,  
Alcance lo que así difícilmente  
Alcanzaron por curso de la guerra  
Los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores  
A los que el arte militar hallaron,  
Ni mas celebren ya los inventores  
Que el duro acero y el metal forjaron:  
Pues los últimos indios moradores  
Del araucano estado así alcanzaron  
El orden de la guerra y disciplina,  
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién los mostró á formar los escuadrones,  
Representar en orden la batalla,  
Levantar caballeros y bastiones,  
Hacer defensas, fosos y murallas,  
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,  
Y cuanto en uso militar se halla?  
Que todo es un bastante y claro indicio  
Del valor desta gente y ejercicio.

Y sobre todo, debe ser loado  
El silencio en la guerra y obediencia,  
Que nunca fué secreto revelado  
Por dádiva, amenaza ni violencia,  
Como ya en lo que dellos he contado  
Vemos abiertamente la esperiencia;  
Pues por mañas jamás ni por espías  
Dellos tuvimos nueva en tantos dias.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron  
Presas de sobresalto muchas gentes,  
Que al rigor del tormento resistieron  
Con gran constancia y firmes continentes:  
Tanto que muchas veces nos hicieron  
Andar en los discursos diferentes,  
Que pudiera causar notable daño  
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando  
Apenas nuestro ejército alojado,  
Vino un gallardo mozo preguntando  
Dó estaba el capitán aposentado,  
Y á su presencia el bárbaro llegando  
Con tono sin respeto levantado,  
Habiéndose juntado mucha gente,  
Soltó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitán cristiano! si ambicioso  
Eres de honor con título adquirido,  
Al oportuno tiempo venturoso  
Tu próspera fortuna te ha traído  
Que el gran Caupolicano deseoso  
De probar tu valor encarecido,  
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,  
Pide de solo á solo la batalla.»

»Que siendo de personas informado,  
Que eres mancebo noble floreciente,  
En la arte militar ejercitado,  
Capitán y cabeza desta gente;  
Dándote por ventaja de su grado  
La elección de las armas francamente,  
Sin escepcion de condicion alguna,  
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

»Y así por entender que muestras gana  
De encontrar el ejército araucano,  
Te avisa que al romper de la mañana  
Se vendrá á presentar en este llano:  
Do con firmeza de ambas partes llana  
En medio de los campos mano á mano,  
Si quieres combatir sobre este hecho  
Remitirá á las armas el derecho.

» Con pacto y condicion que si vencieres  
Someterá la tierra á tu obediencia,  
Y dél podrás hacer lo que quisieres  
Sin usar de respeto ni clemencia;  
Y cuando tú por él vencido fueres  
Libre te dejará en tu preeminencia,  
Que no quiere otro premio ni otra gloria  
Sino solo el honor de la vitoria.

» Mira que solo en que esta voz se estienda  
Consigues nombre y fama de valiente,  
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda  
Durará tu memoria entre la gente;  
Pues al fin se dirá que por contienda  
Entraste valerosa y dignamente  
En campo con el gran Caupolicano,  
Persona por persona y mano á mano.

» Esto es á lo que vengo; y así pido  
Te resuelvas en breve á tu albedrío,  
Si quieres por el término ofrecido  
Rehusar ó acetar el desafío;  
Que aunque el peligro es grande y conocido  
De tu altiveza y ánimo confío,  
Que al fin satisfarás con osadía  
A tu estimado honor y al que me envía.»

Don García le responde: «Soy contento  
De acetar el combate, y le aseguro  
Que al plazo puesto y señalado asiento  
Podrá á su voluntad venir seguro.»  
El indio que escuchando estaba atento,  
Muy alegre le dijo: «Yo te juro  
Que esta osada respuesta eternamente  
Te dejará famoso entre la gente.»

Con esto sin pasar mas adelante  
Las espaldas volvió y tomó la via,  
Mostrando por su término arrogante  
En la poca opinion que nos tenia.  
Algunos hubo allí que en el semblante  
Juzgaron ser mañosa y doble espía,  
Que iba á reconocer con este intento  
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida pues la noche, los soldados  
En orden de batalla nes pusimos,  
Y á las derechas picas arrimados  
Contando las estrellas estuvimos,  
Del sueño y graves armas fatigados,  
Aunque crédito entero nunca dimos  
Al indio, por pensar que solo vino  
A tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando  
Trastornaba al ocaso sus estrellas,  
Y la aurora al oriente despuntando  
Deslustraba la luz de todas ellas,  
Las flores con su fresco humor rociando,  
Restituyendo en su color aquellas  
Que la tiniebla lóbrega importuna  
Las habia reducido á solo una:

Cuando con alto y súbito alarido  
Apareció por uno y otro lado  
En tres distintas partes dividido  
El ejército bárbaro ordenado,  
Cada escuadron de gente muy fornido,  
Que con gran muestra y paso apresurado  
Iban en igual orden como cuento  
Cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada  
Sobre las riendas la enemiga espera;  
Mas antes que llegase anticipada  
Se arroja por una áspera ladera,  
Y al escuadron siniestro encaminaba  
Le acomete furiosa, de manera  
Que un terraplano y muro poderoso  
No resistiera el impetu furioso.

Pero Caupolicán que gobernando  
Iba aquel escuadron algo adelante,  
El paso hasta su gente retirando  
Hizo calar las picas á un instante,  
Donde los piés y brazos afirmando  
En las agudas puntas de diamante  
Reciben el furor y encuentro estraño,  
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos sin alas con lijero vuelo  
Desocupan atónitos las sillas;  
Otros vueltas las plantas acia el cielo  
Imprimen en la tierra las costillas;  
Y los que no probaron allí el suelo  
Por apretar mas recio las rodillas,  
Aunque mas se mostraron esforzados  
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,  
Que todos sin errar fueron derechos:  
Cuáles de banda á banda atravesaron,  
Cuáles atropellaron con los pechos.  
Todos en un instante se mezclaron  
Viniendo á las espadas mas estrechos  
Con tal priesa y rumor, que parecia  
La espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,  
Rota la pica, de la maza afierra,  
Y á la derecha y á la izquierda mano  
Hiere, destroza, mata y hecha á tierra:  
Hallándose muy junto á Berzocano,  
Los dientes y el furioso puño cierra,  
Descargándole encima tul puñada  
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,  
Que fué por su desdicha el mas vecino:  
Abre, destroza, rompe y desbarata,  
Haciendo llano el áspero camino;  
Y al yanacona Tambo así arrebata,  
Que como halcon al pollo ó palomino,  
Sin poderle valer los mas cercanos,  
Le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando  
Andaban de encontrarse en esta danza,  
Se acometen furiosos descargando  
Los brazos con igual ira y pujanza;  
Y las altas cabezas inclinando  
A su pesar usaron de crianza,  
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas  
Con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza,  
Comenzando un combate fiero, crudo  
Ya tiran á los piés, ya á la cabeza,  
Ya abollan la celada, ya el escudo.  
Así pues anduvieron una pieza,  
Mas pasar adelante esto no pudo,  
Que un gran tropel de gentes que embistieron  
Por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,  
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,  
Cortés y Juan Jufre con riesgo estraño  
Sustentan todo el peso de su banda.  
También hacen efecto y mucho daño  
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,  
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,  
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo, peleando  
Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo  
Resisten al furor del indio bando  
Con Diego Cano, Perez y Ronquillo.  
Los primos Alvarados Juan y Hernando,  
Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo  
Derriban á sus piés gallardamente,  
Aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de enmedio viendo asida  
Por el cuerno derecho la contienda,  
Acelerando el tiempo y la corrida  
Acude á socorrer la furia horrenda;  
Mas nuestra gente en tercios repartida  
Le sale á recibir á toda rienda,  
Y del terrible estruendo y fiero encuentro,  
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,  
Grandes golpes de mazas y picazos;  
Lanzas, gorguñes y armas enastadas  
Volaron hasta el cielo en mil pedazos:  
Vienen en un momento á las espadas,  
Y aun otros mas coléricos á brazos,  
Dándose con las dagas y puñales  
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho  
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,  
Poco del diestro golpe satisfecho  
Le arrebató un estoque acicalado,  
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,  
Y de un revés y tajo arrebatado  
Arrojó dos cabezas con celadas  
Muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,  
Y dió á Juan de Inarauna tal herida,  
Que la armada cabeza por la frente  
Cayó sobre los hombros dividida:  
Tira una punta, y á Picol valiente  
Le echó fuera las tripas y la vida;  
Pero en esta sazon inadvertido  
De mas de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera  
Al rumor del estrago que sonaba,  
Y cercándole en torno como fiera  
En confuso monton le fatigaba;  
Mas él con gran desprecio de manera  
El esforzado brazo rodeaba,  
Que á muchos con castigo y escarmiento  
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende  
Cuanto el trabajo y el peligro crece,  
Que allí la gloria y el honor pretende  
Donde mayor dificultad se ofrece;  
Lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,  
Y poco lo posible le parece:  
Que el pecho grande y ánimo invencible  
Le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y mas copioso  
Su derrota y designio prosiguiendo,  
Con paso aunque ordenado presuroso,  
Por la tendida loma iba subiendo;  
Y en el dispuesto llano y espacioso  
Nuestro escuadron del todo descubriendo,  
Se detuvo algun tanto astutamente  
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra pues venia  
El mozo Galvarino sarjenteando,  
Que sus troncados brazos descubria  
Las llagas aun sangrientas amostrando:  
De un canto al otro apriesa discurría  
El daño general representando,  
Encendiendo en furor los corazones  
Con muestras eficaces y razones,

Diciendo: «O valentísimos soldados,  
Tan dignos deste nombre, en cuya mano  
Hoy la fortuna y favorables hados  
Han puesto el ser y crédito araucano:  
Estad de la victoria confiados,  
Que ese tumulto y aparato vano  
Es todo el remanente y son las heces  
De los que habeis vencido tantas veces.

» Y esta postrer batalla fenecida  
De vosotros así tan deseada,  
No queda cosa ya que nos impida,  
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.  
Mirad la muerte infame ó triste vida  
Que está para el vencido aparejada,  
Los ásperos tormentos escesivos  
Que el vencedor promete hoy á los vivos.

» Que si en esta batalla sois vencidos  
La ley perece y libertad se atierra,  
Quedando al duro yugo sometidos  
Inhábiles del uso de la guerra:  
Pues con las brutas bestias siempre unidos  
Habeis de arar y cultivar la tierra,  
Haciendo los oficios mas serviles  
Y bajos ejercicios mujeriles.

» Tened, varones, siempre en la memoria,  
Que la deshonra eternamente dura,  
Y que perpetuamente esta vitoria  
Todas vuestras hazañas asegura;  
Considerad, soldados, pues la gloria  
Que os tiene aparejada la ventura,  
Y el gran premio y honor que, como digo,  
Un tan breve trabajo trae consigo.

» Que aquel que se mostrare buen soldado  
Tendrá en su mano ser lo que quisiere:  
Que todo lo que habemos deseado  
La fortuna con ello hoy nos requiere.  
También piense que queda condenado  
Por rebelde y traidor quien no venciere:  
Que no hay vencido justo y sin castigo  
Quedando por jüez el enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente  
Despertaba la ira y la esperanza,  
Que el escuadron apenas obediente  
Podía sufrir el orden y tardanza;  
Mas ya que la señal última siente,  
Con gran resolución y confianza  
Derribando las picas bien cerrado  
Irse dejó de su furor llevado.

En el exento y pedregoso llano,  
Que mas de un tiro de arco se estendia,  
Nuestro escuadron á un tiempo mano á mano  
Asimismo al encuentro le salia:  
Donde con muestra y término inhumano  
Y el gran furor que cada cual traía  
Se embisten los airados escuadrones,  
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,  
Que en rajadas por los aires discurrieron;  
Las estendidas mangas y hileras  
De golpe unas con otras se rompieron;  
Hubo muertes allí de mil maneras,  
Que muchos sin heridas perecieron  
Del polvo y de las armas ahogados,  
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo  
Con hervorosa priesa y rabia estraña,  
Todos en un teson igual poniendo  
La estrema industria, la pujanza y maña.  
Sube á los cielos el furioso estruendo,  
Retumba en torno toda la campaña,  
Cubriendo los lugares descubiertos  
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda,  
Y el batir sin cesar siempre mas fuerte;  
No hay malla y pasta fina que defienda  
La entrada y paso á la furiosa muerte,  
Que con irreparable furia horrenda  
Todo ya en su figura lo convierte,  
Naciendo del mortal y fiero estrago  
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado  
Iba siempre avivando la pelea,  
De la roedora afrenta estimulado  
Que en Mataquito recibió de Andrea,  
El ronco tono y brazo levantado  
Discurre todo el campo y lo rodea  
Acá y allá por una y otra mano  
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea pues, asimismo procurando  
Fenecer la cuestion, le deseaba;  
Mas lo que el uno y otro iba buscando  
La dicha de los dos los desviaba:  
Que el italiano mozo peleando  
En el otro escuadron distante andaba  
Haciendo por su estraña fuerza cosas,  
Que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza  
La dura punta, y á Pinol barrena,  
Y sin brazo á Teguán una gran pieza  
Le arroja dando vueltas por la arena;  
Lleva de un golpe á Changle la cabeza,  
Y por medio del cuerpo á Pon cercena;  
Hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo  
Como grulla le deja en un pié solo.

Veis pues aquí Orompello, el cual haciendo  
Venía por esta parte mortal guerra,  
Que al gran tumulto y voces acudiendo  
Vió cubierta de muertos la ancha tierra;  
Y al jinovés gallardo conociendo  
Como cebado tigre con él cierra,  
Alta la maza y encendido el gesto,  
Sobre las puntas de los piés enhiesto.

Fué de la maza el jinovés cogido  
En el alto crestón de la celada,  
Que todo lo abolló y quedó sumido  
Sobre la estofa de algodón colchada:  
Estuvo el italiano adormecido,  
Vomita sangre, la color mudada,  
Y vió dando de manos por el suelo  
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego  
Con mas furor y menos bien guiado,  
Que á no ser á soslayo, el fiero juego  
Del todo entre los dos fuera acabado;  
El jinovés desatinado y ciego  
Fué un poco de través; mas recobrado,  
Se puso en pié con priesa no pensada  
Levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la extrema rabia y fuerza rara  
Sobre el joven la cala de manera,  
Que si el ferrado leño no cruzara  
De arriba á bajo en dos le dividiera:  
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,  
Y si la espada el filo no torciera,  
Penetrara tan honda la herida,  
Que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano pues sin maza,  
No por eso amainó al furor la vela,  
Antes con gran presteza de la plaza  
Arrebata un pedazo de rodela;  
Y al punto sin perder tiempo lo abraza,  
Y como aquel que daño no recela,  
Con solo el trozo de baston cortado  
Aguja al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano  
Saltó con lijereza y diestro brio  
Hurtando el cuerpo así, que el italiano  
Con la espada azotó el aire vacío:  
Quiso hacedlo otra vez, mas salió en vano  
Que entrando recio al punto del desvío  
Fué el jinovés tan presto, que no pudo  
Sino cubrirse con su roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada  
Del defensivo escudo una gran pieza,  
Bajando con rigor á la celada  
Que defender no pudo la cabeza;  
Hasta el casco caló la cuchillada,  
Quedando el mozo atónito una pieza;  
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto  
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo jinovés, que al fiero Marte  
Pensara desmembrar, recio le asía:  
Pero salió engañado, que en este arte  
Ninguno al diestro joven escedía:  
Revuélvense por una y otra parte,  
El uno al pié del otro rebatía,  
Intrincando las piernas y rodillas  
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,  
Antes como animoso y diligente  
Unas veces airado peleaba,  
Otras iba esforzando allí la gente.  
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,  
Que de soldado y capitán prudente  
Con igual disciplina y ejercicio  
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillán y don Pedro de Navarra,  
Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida,  
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra,  
Dando muerte defienden bien su vida.  
El fator Vega y contador Segarra  
Habían echado aparte una partida,  
Siguiéndolos Velazquez y Cabrera,  
Verdugo, Ruiz, Riberos y Ribera.

Pasáronlo pues mal al otro lado,  
Segun la mucha gente que acudia,  
Si don Felipe, don Simon y Prado,  
Don Francisco Arias, Pardo y Alegría,  
Barrios, Diego de Lira, Coronado,  
Y don Juan de Pineda en compañía  
Con valeroso esfuerzo combatiendo  
No fueran los contrarios reprimiendo.

También acrecentaban el estrago  
Florencio de Esquivel y Altamirano,  
Villaroel, Morán, Vergara, Lago,  
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:  
Si de todos aquí mencion no hago,  
No culpen la intencion, sino la mano,  
Que no puede escribir lo que hacian  
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazón un gran ruido  
En el otro escuadron de mediodía,  
Y era que el fiero Rengo embravecido,  
Llevado de su esfuerzo y valentía  
Se habia por la batalla así metido  
Que volver á los suyos no podía,  
Y de menuda gente rodeado  
Andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera  
Al un lado y al otro golpeando,  
Que en rueda los hacia tener afuera,  
Muchos en daño ajeno escarmentando:  
Pero la turba acá y allá lijera  
Le va por todas partes aquejando  
Con tiros, palas y armas enastadas,  
Como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto  
Sin valerles defensa ni armadura;  
A quien acierta el golpe en descubierto  
Del todo le deshace y desfigura,  
Y el de menos efecto y mas incierto  
Quebranta brazo, pierna ó coyuntura:  
Vieran arneses rotos y celadas  
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo  
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,  
Le van á tanto estrecho reduciendo  
Que poder escapar era imposible;  
Y por mas que se esfuerza resistiendo,  
Al fin era de carne, era sensible,  
Y el furioso y continuo movimiento  
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,  
Que aun apenas así se sustentaba,  
Y la gente solícita en cuadrilla  
Sin dejarle alentar le fatigaba;  
Cuando de la otra parte, por la orilla  
De la alta loma, Tucapel llegaba,  
Haciendo con la usada y fuerte maza  
Por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado  
Cuando brama, la lengua ya sacada,  
Que de la turbamulta rodeado  
Procura cada cual probar su espada,  
Y en esto de repente al otro lado  
La cerviz yerta y frente levantada  
Asoma otro famoso de Jarama,  
Que deshace la junta y la derrama:

Así el famoso Rengo ya en el suelo  
Hincada una rodilla combatía  
En medio del monton, que sin recelo  
Poco á poco cerrándole venía;  
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,  
Que por allí la grito le traía.  
Viéndole así tratar sin poner duda  
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,  
Que estrecha plaza y paso le dejaron,  
Y los otros en círculo esparcidos  
Del fatigado Rengo se arredraron,  
Y contra Tucapel embravecidos  
Las armas y la grito enderezaron;  
Mas él daba de sí tan buen descargo  
Que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: « Aunque enemigo  
Esfuerzo, esfuerzo Rengo, y ten hoy fuerte  
Que el impar Tucapel está contigo,  
Y no puedes tener siniestra suerte:  
Que el favorable cielo y hado amigo  
Te tiene aparejada mejor muerte,  
Pues está cometida al brazo mio,  
Si cumples á su tiempo el desafío. »

Rengo le respondió: « Si ya no fuera  
Por ingrato en tal tiempo reputado,  
Contigo y con mi débito cumpliera,  
Que no estoy como piensas tan cansado. »  
En esto mas lijero que si hubiera  
Diez horas en el lecho reposado  
Se puso en pié, y á nuestra gente asalta  
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: « Sería bajeza,  
Y cosa entre varones condenada  
Acometerte, vista tu flaqueza,  
Con fuerza y en sazón aventajada:  
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,  
Que el tiempo llegará que esta ferrada  
Te dé la pena y muerte merecida,  
Como hoy te ha dado claro aquí la vida. »

No se dijeron mas, y por la vía  
Los dos competidores araucanos  
Haciéndose amistad y compañía  
Iban, como si fueran dos hermanos:  
Guardaba el uno al otro y defendía,  
Y así con diligencia y prestas manos  
Abriendo el escuadron gallardamente  
Llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla  
Andaba muy reñida y sanguinosa  
Con tal furia y rigor, que no se halla  
Persona sin herida ni arma ociosa:  
Cubre la tierra la menuda malla,  
Y en la remota Turcia cavernosa  
Por fuerza arrebatados de los vientos  
Hieren los dulces y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando  
Y de golpes la furia apresurada  
Como ventosa y negra nube, cuando  
Del vulturno ó del céfiro arrojada  
Lanza una piedra súbita, dejando  
La rama de sus hojas despojada,  
Y los muros, los techos y tejados  
Son con priesa terrible golpeados:

Pues de aquella manera y mas furiosas  
Las homicidas armas descargaban,  
Y con hondas heridas rigurosas  
Los sanguinosos cuerpos desangraban:  
El gran rumor y voces espantosas  
En los vecinos montes resonaban;  
El mar confuso al fiero son retrujo  
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano  
La batalla primero habia trabado,  
Donde por su valor Caupolicano  
Contrataba al furor del duro hado,  
A pura fuerza el escuadron cristiano,  
Del contrario teson sobrepujado,  
Comenzó poco á poco á perder tierra  
Acia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora,  
Y el impetu del bárbaro violento,  
Que por el araucano en voz sonora  
Se cantó la victoria y vencimiento.  
Mas la misma fortuna burladora  
Dió la vuelta á la rueda en un momento  
En contra de la parte mejorada,  
Barajando la suerte declarada.

Que el último escuadron donde estribaba  
Nuestro postrer remedio y esperanza  
Metido en el contrario peleaba,  
Haciendo fiero estrago y gran matanza;  
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,  
Ni del fuerte Lincoya la pujanza;  
Ni yo basto á contar de una vez tanto,  
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

